

I PARTE

PRESENCIA Y EFECTOS DE LA DROGA EN LA SOCIEDAD ACTUAL

EL PROBLEMA DE LAS DROGODEPENDENCIAS EN EL MOMENTO ACTUAL, DESDE UNA PERSPECTIVA ETICA

José Luis L. ARANGUREN,

Catedrático de Etica y Sociología en la Universidad Complutense y Prof. Eméritus de la Universidad de California.

INTRODUCCION A LAS JORNADAS, POR EL CATEDRATICO ANTONIO BERIS-TAIN

El curso que hoy empieza destaca por dos extensos valores, la calidad y la variedad de los docentes.

Los trágicos efectos del abuso de la droga, suscitan cantidad de estudios e investigaciones. Sin embargo, la droga sigue causando tantas y tantas víctimas aquí y en otros países. El fracaso se debe, en parte, a que esa cantidad de estudios carecen con frecuencia de la deseada calidad. Los ponentes que van a dictar aquí sus investigaciones estas dos semanas, sobresalen todos ellos, como se ha dicho, por su alta calidad y especialización.

Además, destacan por la rica diversidad de perspectivas desde la que analizan el tema, tan global y tan multidisciplinario. Por eso y por otras razones, hemos de patentizar nuestro agradecimiento en nombre propio y del Instituto Vasco de Criminología a la Diputación, a la Caja de Ahorros y a ustedes, que han venido aquí. Especialmente deseamos agradecer que el profesor Aranguren haya aceptado esta primera conferencia.

Se le pidió que iniciase el curso con su lección magistral, por varios motivos. El profesor Aranguren conoce bien dos grupos de «viejos», como él dice; pero, no conoce, quizás, una tercera categoría de viejos y hoy se lo podemos enseñar nosotros, podemos colmar esta laguna que tiene en su sabiduría.

El conoce muy bien cómo en la prehistoria los ancianos transmitían la cultura de generación en generación. Sabe, también, que al llegar la imprenta y los mas-media estos ancianos pierden cierto valor en la transmisión de los valores culturales. Pero quizás no sabe, el profesor Aranguren, que hay una tercera categoría de personas y vinos añejos en la post-modernidad con las computadoras electrónicas, que tienen mucho que decir a los jóvenes porque saben de historia y saben de extensión de toda la cultura y de las diversas culturas, y profundizan en la persona y trabajan lúdicamente como gigantes en la transmisión y en la creación cultural. Uno de estos «viejos» es el profesor Aranguren. Por eso hemos venido todos nosotros a escucharle. Con sumo gusto vamos a disfrutar de su lección magistral.

Tiene la palabra el profesor Aranguren, que va a desarrollar el tema «El problema de las drogodependencias en el momento actual, desde una perspectiva ética».

CONFERENCIA DEL CATEDRÁTICO JOSE LUIS. L. ARANGUREN.

Queridos amigos de esta presidencia, queridas amigas y queridos amigos, todos.

La primera cosa que quiero decir es que me es sumamente grato volver aquí, a este mismo local, al cabo de una semana de haber estado en él, la semana anterior de la mano de mis amigas de Erain, y volver al cabo de muy poco tiempo a esta ciudad, de la mano de mi otro queridísimo, entrañable, amigo Antonio Beristain. De quien no deben hacer ustedes ningún caso cuando hable en lo que se refiera a mí, porque no es objetivo. Yo creo que el amor pone conocimiento, pero en su caso creo que lo quita, la amistad le ciega y hace ver en mí cualidades que, por muy viejo que sea, no tengo de ninguna manera.

Dicho esto me excusaré, porque no estoy completamente seguro de no defraudar a ustedes. El problema de la droga es sumamente grave, es cierto, pero no tengo ninguna receta para combatirlo y no tengo tampoco la menor autoridad para hablar de una terapéutica de la droga. Por tanto, más bien lo que voy a hacer en esta charla, a modo de introducción de lo que vendrá en los días sucesivos, es trazar el marco histórico-social de la introducción masiva de la droga en Occidente y del cambio de la significación del consumo de esta droga en los años, relativamente pocos, en que realmente hay un consumo masivo de ella en nuestro mundo.

Pero todo esto, claro está, desde una perspectiva ética y particularmente ético-social. Por eso, quiero comenzar esta introducción al ciclo, con una introducción a mi propia charla dentro de él, hablando de que cómo nos enseñaron el cambio histórico a muchos de nosotros nuestros maestros: Ortega y Gasset y el paisano de ustedes, y querido maestro y amigo mío, Xavier Zubiri. Hay pecados y vicios históricos, pecados y vicios que pertenecen a una época, que luego pasan, que tal vez vuelven, o que no vuelven, pero que en cualquier caso tienen una significación adscrita a la historicidad. Por ejemplo, ha habido un problema de ateísmo, que se estimaba intelectualmente tenía que ser atea. Pero ateo para ellos no significaba agnóstico, sino antiteísta, tenían como una especie de cuestión personal. Alguna vez se ha dicho así «de cuestión personal con Fios».

Nuestra época no es ya atea, en este sentido de antiteísta, quizás es más bien incrédula, aunque, según mi opinión, se está volviendo de nuevo a una creencia. Se está produciendo lo que a mí me gusta llamar «el reencantamiento del mundo», y ese reencantamiento, ciertamente, esa neo-religiosidad, no va a tener el carácter rígido, dogmático, confesional de otras épocas, sino que será más libre y teñido en gran parte de superstición. Ahora ya ni siquiera nos atrevemos a emplear la palabra superstición. Hace un rato hablaba yo con amigos y amigas de brujos y brujas. Pero la palabra brujo y bruja ha perdido esa especie de estremecimiento que nos producía, y los brujos se han convertido, al parecer, en seres sumamente amables; alguno de ustedes me ha hablado de una bruja bien conocida de aquí. La palabra bruja ha cambiado también de significación, es decir que, en efecto, la historia trae y lleva cosas y entre otras que trae y que lleva, la que nos importa hoy, la droga.

La droga es un vicio –si quieren ustedes– propio de nuestra cultura o de la sub-cultura de nuestra época. Porque la época de la cultura occidental ha cambiado y cabe distinguir en ella diferentes subculturas e incluso diferentes épocas. Leemos los periódicos y, con frecuencia, encontramos en ellos, la noticia de un muchacho o de una muchacha que ha fallecido o está en trance gravísimo como consecuencia de una sobredosis de droga. Pero es muy raro que eso les ocurra, no



ya a los ancianos como yo mismo, sino a las personas adultas. La droga es no solamente un pecado o un vicio (como quieran ustedes llamarlo) propio de nuestra época, de la contemporaneidad, sino que dentro de la contemporaneidad es un pecado propio de una edad juvenil. Son sobre todo los jóvenes, los que consumen droga e incluso, simplificando, se podría decir, que a estos efectos los adultos y los mayores siguen mas bien propensos al consumo del alcohol y los jóvenes al consumo de la droga.

¿Por qué esto? En realidad, yo creo que se debe a que nos encontramos en una época de cambio, de tránsito y en definitiva –el profesor Beristain hizo alusión a ello– de pasaje de la modernidad, de lo que en los manuales de historia se llama la época moderna o la edad moderna, a lo que muchos de nosotros, a falta de otra palabra más adecuada, nos gusta llamarla post-modernidad. Más que nos gusta es que nos encontramos una palabra que defina mejor lo que, por otra parte, es indefinible, porque está ocurriendo ante nosotros, ante nuestros ojos, es como el crecer de la hierba que no se ve. Nadie ve crecer la hierba y, sin embargo, está ocurriendo ante nuestra mirada. De algún modo, la post-modernidad es algo que está empezando ahora a ocurrir y que no sabemos como se llamará en el futuro. Piensen Ustedes que para nosotros es muy fácil hoy, a través de los manuales de historia, decir que ha habido una Edad Media entre la Edad Antigua y la Edad Moderna, el Renacimiento. Pero eso de la Edad Media es una pura invención que se pudo hacer a posteriori, después de que pasó la llamada Edad Media. Los renacentistas pudieron decir: «eso fue una Edad Media entre las dos grandes culturas, la cultura clásica y el Renacimiento de la cultura clásica, es decir, la Modernidad». Pero es inimaginable, aunque por otra parte se haya imaginado,

aquella obrita que tenía lugar en plena Edad Media, y en la cual un caballero le decía a otro: «porque nosotros los caballeros de la Edad Media...». Naturalmente, nadie podía llamar Edad Media a lo que todavía no era Edad Media porque no había transcurrido y sido sustituida por otra.

Entonces parece claro, que hay una época de la historia de Occidente, esta época de la Modernidad, en la cual se exalta sobre todo la acción la producción, el dinamismo. Pero que exaltar la acción, la producción y el dinamismo significa la exaltación de unas ciertas virtudes –las virtudes de la laboriosidad y del trabajo– frente a la contemplación. Piensen Ustedes, que incluso en esa Edad Media a la que acabo de referirme, la mendicidad, el vivir de limosna, era algo virtuoso y por eso ha habido dos grandes órdenes religiosos: los Dominicos y los Franciscanos, que se han llamado órdenes mendicantes.

¿Ven Ustedes hasta qué punto ha cambiado la valoración del comportamiento humano? Lo que en la Edad Media parecía bien, el no hacer nada y el vivir de limosnas, el dedicarse a la pura contemplación, con la Modernidad va a ser muy mal visto, porque ahora se va a producir la exaltación de la laboriosidad, la exaltación del trabajo.

Ahora bien, a esas virtudes corresponden –no diré como sus vicios sino como los estimulantes de ellas(ahora si cabe decirlo) los vicios del alcohol, del tabaco, del café. No quisiera que Ustedes tomasen estas palabras –virtudes y vicios– sino en sentido puramente descriptivo. Aunque se supone que estoy hablando desde el punto de vista ético, no quisiera que introdujesen inmediatamente en mis palabras un sentido condenatorio.

Lo cierto es que una época que demanda del hombre acción, producción y dinamismo, naturalmente, le incitará directa o indirectamente a consumir estimulantes. Los estimulantes son: el alcohol, el tabaco, el café. Porque, en efecto, no hace falta ser marxista para reconocer que hay una dependencia, un condicionamiento de la conducta desde el punto de vista moral, con la conducta desde el punto de vista económico.

La época moderna estimula estas virtudes (virtudes como la laboriosidad, del trabajo, de la acción, de la producción y del dinamismo) porque hace falta trabajar, para montar todo ese gran aparato que ha sido el capitalismo moderno. El capitalismo es una invención de la Modernidad que logra su despegue fabuloso a partir de la Revolución Industrial, pero que, como capitalismo mercantil, empieza con la época moderna, es decir, con el siglo XVI e incluso antes. Naturalmente, el capitalismo exige del hombre que se entregue al trabajo, a la producción, al dinamismo a la acción. Todo esto es muy importante y su reverso es, en efecto, el consumo de esos estimulantes: el alcohol, el café y el tabaco.

Pero llega un momento, un segundo período (comienza a fines del siglo pasado y sobre todo en este siglo), en el cual el problema de la sociedad occidental no es el de producir: ya no hace falta producir mucho, no hace falta estimular la acción. El dinamismo, el trabajo o la laboriosidad, se puede producir cuanto se quiera. No es menester el acicate de los seres humanos para que produzcan más. El problema no es el de producir sino el de encontrar mercados para dar salida a la producción. Por lo tanto, ya no estamos en una economía y en una sociedad de producción, sino en una sociedad y en una economía de consumo. Lo decisivo es el dar salida a la producción. Se puede producir cuanto se quiera, lo que hace falta es que la gente consuma, y por ello hace falta fomentar (si quieren Ustedes) un vicio nuevo. –Unos lo llamarán vicio, otros virtud–, que es el consumismo. Es menester que la gente consuma más y más porque de otro modo la economía se paralizaría y no podría funcionar esta sociedad nuestra, que es, ha sido, sobre

todo, y sigue siendo, una sociedad de consumo montada sobre una economía de consumo.

Entonces, claro está, en una época como ésta, virtudes de otro ejemplo como eran la virtud del ahorro, la virtud de la previsión, e incluso el vicio correspondiente (la avaricia), han pasado de moda. Ya no creo que pueda haber avaros, es sumamente difícil. Algún viejo de mi edad puede que sea todavía avaro, porque haya perdido completamente el compás del tiempo, pero nuestra época no es una época de avaros, porque no es una época en la cual se puede ahorrar, ni importe prever. Ahora nos empiezan a decir que sí; ustedes habrán oído que quién sabe si va a haber una tremenda bancarrota de la Seguridad Social algún día, esperemos que no. Pero, mientras, la Seguridad Social funcione bien, no tiene ningún sentido, ha perdido todo el sentido el ahorro, la previsión. Antes tenía uno que prever lo que iba a ser de uno mismo, tenía que ahorrar para cuando llegase a viejo. Sí, también confiaba en que sus hijos fuesen el báculo y el sustento de su vejez, pero, de todos modos, también convenía hacer unos ciertos ahorros. En nuestra época, por lo menos en la época que acaba de pasar, esto no tiene sentido porque la seguridad Social se ocupa de ello y lo que importa sobre todo no es ahorrar sino invertir y consumir más y más para que la economía funcione.

Esa ha sido y yo diría incluso que es, o sigue siendo, nuestra época. Época que hoy aparece como amenazada, y como anunciando ya una nueva etapa. Esta nueva etapa (y aquí es donde empieza nuestro tema) es la del consumismo frustrado. Cada vez empieza a haber más gente, y particularmente jóvenes, a quienes les gustaría consumir, pero no pueden porque ya no tienen medios para hacerlo. En cierto modo ya nos está pasando a todos; la época gloriosa del consumismo parece que ha transcurrido ya; ahora se inicia una época más difícil, más privada de posibilidades de consumo y, por tanto, el consumismo frustrado es enormemente importante para entender la actitud de los jóvenes. Los jóvenes han sido educados para ser consumistas. Todos, el que más y el que menos, hemos educado a nuestros hijos y nietos, queriendo o sin quererlo, para ser consumistas, y ahora se encuentran frustrados porque hay una crisis y no pueden consumir tanto como quisieran. Las cosas cambian; hay una crisis económica, pasó la época del esplendor, de la afluencia, de la prosperidad, pero sigue esa apetencia de consumismo; lo que ocurre es que es una apetencia en gran parte frustrada.

Esa es diríamos nuestra situación, en la cual cada vez hay más gentes que están desempleadas, que se ven sumidas en el paro. Particularmente esto ocurre con respecto a los jóvenes, porque los no jóvenes es posible, y por desgracia real, que sufran el paro, pero los jóvenes es que ni siquiera se han estrenado en el trabajo. La mayor parte de ellos no han tenido siquiera su primer empleo. Es por tanto, pura situación completamente diferente la de esta juventud para la cual el desempleo es el destino anunciado (de la misma manera que en la famosa novela *Crónica de una muerte anunciada*. Algo que parece que a la mayor parte de ellos les va a tener que ocurrir.

El ocio antiguo, el «otium» de los latinos, era la virtud de la contemplación, el estado más perfecto del ser humano, porque podían dedicarse a contemplar las ideas platónicas, a contemplar después las esencias divinas. Pero, el ocio, hoy, se ha convertido en ociosidad: aunque la ociosidad implica un ocio elegido para no hacer nada, no para contemplar, sino para vagar, para la vagancia. Es lo que significa particularmente la impresión «la ociosidad es la madre de todos los vicios»: se trata de una ociosidad elegida. Pero, la ociosidad de nuestra época es una ociosidad forzada, no es el antiguo ocio, pero tampoco la ociosidad del vago, sino que es la ociosidad del que no tiene otra opción, del que se diría que está

condenado por nuestra sociedad a no hacer nada. De ahí el vacío, el sin-sentido de la vida, y el vicio o la transformación en vicio de la droga.

Ahora vamos a empezar una segunda parte de esta charla en la cual, vamos a tratar de ver ya, centrándonos en la droga, después de haber trazado este marco histórico-social del cambio de los vicios y virtudes epocales (los que estoy llamando siguiendo a Ortega y a Zubiri, pecados o vicios históricos) vamos a centrarnos –decía– en el vicio o pecado (Como Uds. quieran llamarlo) de la droga, y ver cómo ha cambiado la significación de la droga en los relativamente pocos años en que está siendo un consumo occidental.

La verdad es que hasta el siglo XX apenas se ha consumido droga en Occidente. Hay algunos casos de escritores o de artistas, de esos que entre comillas se les llamaba en el siglo pasado «malditos» que consumían droga como un excitante de sus potencias creativas, imaginativas, estéticas. Pero eran casos sumamente raros, sumamente minoritarios, sumamente elitistas. La droga, en Occidente –dejemos a un lado lo que han significado el opio y las guerras del opio en China y en Asia– apenas ha tenido una significación importante. Me dirán ustedes que en el Tercer Mundo sí, lo mismo en el Tercer Mundo africano con el hachís, que en el Tercer Mundo americano, con la marihuana. Es cierto, pero en el Occidente propiamente dicho, es decir en el ámbito de la Modernidad, la droga no ha tenido ninguna incidencia, salvo esa elitista de unos cuantos rarísimos «escritores malditos».

La droga empieza a ser importante en los sesenta y yo soy testigo de mayor excepción dentro de los españoles, porque tuve la suerte de haber sido separado de la Universidad de Madrid (por razones obviamente políticas) en el año 65 y haberme tenido que ir, como consencuencia de ello, a California al año siguiente, el año 66. California fue precisamente el lugar de introducción (no diré masiva, porque no se trataba de números como los actuales en cuanto al consumo, pero sí relevantes e importantes socialmente), de la droga blanda y de la droga dura, marihuana y también de las drogas propiamente dichas.

¿Qué significación tenía en aquellos años de la Contracultura, de la cultura *hippie* la introducción de las influencias orientales en nuestra civilización occidental? ¿Qué significado tenía la droga entonces? Ante todo, era como una manifestación, para emplear una palabra en boga en aquella época de contestación. Los jóvenes fueron –y siguen siendo– los que empezaron a consumir la droga. Para ellos era una manifestación de la contestación, una respuesta, una repulsa, un rechazo de la civilización establecida, de la civilización occidental y particularmente de los vicios de la civilización occidental. Entonces la droga se presenta como enfrentada con esas otras drogas a las que antes me he referido: el alcohol, el tabaco, el café, todas ellas estimulantes, drogas que tienden a convertir al hombre en extravertido, a sacarle de sí mismo y a volverle hacia los demás. Por eso eran tan eficaces para el trabajo, para la acción, para la producción, para el dinamismo, para todo lo que hemos dicho antes.

Estos jóvenes de hace veintitantos años pensaban con unas categorías en gran parte religiosas, no en vano se trataba de una influencia que venía de Oriente. Estos jóvenes pensaban que el hombre occidental había estado demasiado volcado fuera de sí mismo y que era menester que se volcara hacia sí, es decir, frente a la extraversion, la introversión. La droga aparecía como el *instant coffe* ese café que se fabricaba en un momento, pues esto sería como una especie de «*instant mistic*».

En principio la droga significó una especie de recuperación de una religiosidad (en el sentido fuerte de la palabra) completamente libre, nada confesional y de

logro de una especie de éxtasis. Es una época en la que también se exalta el éxtasis erótico, el éxtasis del orgasmo. Hay una cierta correspondencia para estos jóvenes de los años sesenta, norteamericanos y californianos, entre el éxtasis erótico y el éxtasis psicodélico (como entonces se decía). De modo que en esa época se piensa que la droga dura hace del hombre, una especie de místico, alguien capaz, no a través de laboriosos procedimientos ascéticos, como en la mística clásica de Santa Teresa, San Juan de la Cruz, etc. sino como apretando un botón, es decir, consumiendo una droga, de lograr esa especie de plena satisfacción que es un éxtasis de carácter religioso.

Pero ¿Y la droga blanda? ¿Y el pasaje de la una a la otra? ¿Qué significó esto en los años sesenta? Piensen ustedes que el ideal anglo-americano, el ideal anglo-sajón, es el ideal del individualismo (mi casa un castillo y que cada cual se encierre en su propio castillo, yo estaré en mi trabajo pero cuando vuelva a mi casa no entrará nadie en ella) es el ideal de la *privacy* o de la privacidad (como se suele traducir hoy) y frente a eso, los jóvenes de los años sesenta, son los jóvenes de las comunas, los jóvenes que no quieren *privacy* sino, al revés, que todo sea comunitario.

Yo iba con frecuencia a la casa de estos jóvenes cuando vivía en California. Cuando entraba uno en el apartamento donde ellos vivían, lo primero que uno se encontraba era la cama. Por que la cama, lejos de ser el ámbito de la *privacy*, el ámbito de la privacidad, era el lugar de la comunidad. Ustedes recuerdan que las comunas, en principio, tendrían que haber sido comunas sexuales, porque había que liberarse de esta especie de conversión del sexo en una propiedad privada. Era efectivamente una lucha contra la propiedad privada. Los hombres consideran a las mujeres y quizás, las mujeres a los hombres (mi marido suelen decir) como una propiedad privada. Recuerden ustedes que en el Decálogo se dice: «No desear la mujer de tu prójimo», y que eso viene inmediatamente delante de «No codiciar los bienes ajenos». Había una especie de continuidad, para los antiguos hebreos, entre ese bien (que es un bien como los demás, aunque más precioso ypreciado) que es la mujer y los otros bienes. A todo esto es a lo que los jóvenes de esa época se oponían. Y por ello querían fundar esas comunas, en las cuales se aboliese el sentido de la privacidad y de la propiedad privada del sexo, de la mujer con respecto del hombre, y del hombre con respecto de la mujer.

De modo que la droga blanda, por tanto, significaba como una apertura hacia la convivialidad, hacia la convivencia, hacia este sentido de comunidad. Un sentido de comunidad que, no es el sentido desparramado del alcohol y del alcohólico, que se pone pesado y que habla y habla y no para, sino que acertase a unir la convivialidad con el quedarse cada uno dentro de sí, con los otros, pero cada uno ensimismado. Era como resolver, según decía Ortega la oscilación del hombre entre el ensimismamiento y la alteración. El alcohol tera gentes, las saca de sí mismas, la droga ensimisma. Pero la droga blanda particularmente y sobre todo la marihuana consumida conforme al ritual comunitario que le es propio se pensaba que era algo tan unitivo como pueda serlo el alcohol, pero mucho más respetuoso de la personalidad de cada cual y capaz por tanto de lograr esta síntesis difícil para el ser humano entre el ser sí mismo y el vivir vuelto hacia los otros y con los otros.

Esta ha sido la significación fundamental de la droga en los años sesenta, una significación, por tanto, en los casos de droga blanda y de consumo más usual, de convivialidad y de relación auténtica, verdadera y abierta con los otros, y de búsqueda de un éxtasis, es decir, de una experiencia más bien religiosa, en el caso de la droga dura.

Hoy, las cosas han cambiado, evidentemente. Dije al principio que quizás

estábamos nosotros como reconquistando una nueva religiosidad nada confesional y muy abierta a supersticiones de toda clase. Es cierto. Pero la verdad es que es religiosidad fue, No sé si son las ventajas o los inconvenientes de ser vagón de cola de una cultura, la de la cultura occidental, porque España y el País Vasco van el vagón último de esta cultura occidental o en uno de los últimos, y por tanto, esto tiene un inconveniente, que es el llegar tarde, y una ventaja, que es la de saber por dónde vamos a pasar. Si miramos hacia adelante, por dónde ha pasado el vagón de cabeza, vemos que por ahí es por donde tenemos que pasar nosotros también. Lo que en aquella época a la que me estoy refiriendo fue una simbolización de ese sentido que he tratado de explicar, luego se fue convirtiendo más y más, como ocurre con todos los bienes de consumo, en consumo generalizado, masivo, que las gentes consumen ya sin mucha conciencia del porqué ni el para qué.

Los jóvenes de los años sesenta pretendían saber para qué consumían la droga. Los jóvenes de los años ochenta (en España hemos quemado etapas y hemos pasado desde el no consumo de droga hasta un consumo masivo) se ha visto como sumidos en ese consumo, no lo han elegido como los de los años sesenta en búsqueda de experiencias nuevas, sino que, como antes decía, los jóvenes que hoy consumen droga son los jóvenes del paro, del desempleo, de la ociosidad; son los jóvenes que ya no están en la contestación propiamente hablando no hay contestación y, en la medida que la hay, consiste en decir No. No hay una propuesta de carácter positivo. Se dice No, a la polución, a la contaminación del medio ambiente, a la guerra y al rearme mundial.

Ahora, en cierto modo, los jóvenes ya no se sienten dentro de nuestra sociedad, no encuentran acomodo dentro de ella, no encuentran ni siquiera empleo. Son, por tanto, una nueva clase de marginados. Ha habido otros marginados, pero hoy es la juventud la que empieza a ser marginada. Las cosas han cambiado fabulosamente porque, en los años posteriores a la segunda guerra mundial, la juventud se convirtió casi de repente en una edad privilegiada, y los que no éramos ya de ninguna manera jóvenes empezamos no sé porqué a imitar el atavio de los jóvenes, su modo de vivir. Los jóvenes implantaron, en los años felices para la juventud, que fueron los años cincuenta y los sesenta, un nuevo estilo de vida del que los adultos nos hemos convertido en imitadores. Pero eso ya pasó y hoy a los jóvenes el sentimiento que les penetra es el de encontrarse de más, el de encontrarse marginados. Entonces a esa marginación de la sociedad contestan con su automarginación y con la drogadicción y la delincuencia.

La delincuencia actual es un fenómeno que merece una reflexión aparte, en contraste con la delincuencia, propia de otra época.

Para aclarar lo que quiero decir, pondré un ejemplo de comportamiento —no delincuente— que pertenece a tiempos anteriores.

Cuando yo era chico, había las mujeres decentes y las otras, y estaba clarísimamente establecida la línea divisoria entre las unas y las otras. El comportamiento, no diré el comportamiento íntimo, sino el comportamiento público de unas y otras era completamente distinto. Unas iban a los cafés solas, las otras no iban y si iban lo hacían acompañadas por sus maridos, etc. En nuestra época, yo no sé, pero me parece que esa divisoria entre las mujeres es bastante difícil de establecer. Ahora la libertad de costumbres sexuales y eróticas ha hecho que ni siquiera nos planteemos la cuestión de si esta mujer es una mujer decente o no. Ha perdido en gran parte sentido sociológico; otra cosa es que conserve un sentido ético y religioso, pero eso será cuestión de cada cual.

Es de temer que dentro de poco también va a ocurrir lo mismo con la de-

lincuencia. Hasta hace poco había las gentes que eran delincuentes y había los otros, y la línea divisoria entre los unos y los otros era perfectamente clara. Pero, ¿estamos completamente seguros que ahora ya no hay personas delincuentes en nuestras familias, en nuestro alrededor?

Hace muy poco tiempo, en Madrid, me decía una señora: «en mi casa nos está pasando una cosa que es tremenda. Consiste en que hay una familia compuesta de una madre sola, con sus hijos. La madre, que por cierto trabaja en una barra americana», ella lo decía de una manera puramente descriptiva, «es una persona muy amable, muy simpática, que no está mucho en casa. Los chicos se dedican a robarnos continuamente, y no sabemos que hacer con ellos. ¿Denunciarlos? ¿y qué se adelanta? Los detendrán, los tendrán unos días encerrados y luego los volverán a soltar» (La cárcel, como diría mi querido amigo, el profesor Beristain, es la mejor escuela, la más eficaz para enseñar delincuencia. Sería deseable que lo que enseña la cárcel en cuanto a delincuencia fuese capaz de enseñarlo en lo suyo la Universidad). Bueno, pues esta señora, y no solo ella sino todos los vecinos, pues es una casa de muchos apartamentos, aceptaban convivencia con estos chicos delincuentes, que tan pronto como se descuidaban les robaban lo que podían, porque tenían las llaves para abrir las puertas de las otras casas.

En definitiva, en mayor o menor grado eso empieza a ocurrir, no diré que en todas las familias, pero sí en muchas. Hay pequeños delincuentes, estos jóvenes que quizá son drogadictos por ser delincuentes o son delincuentes para ser drogadictos, que necesitan lo uno para lo otro o lo otro para lo uno, y con los cuales las gentes de su alrededor se acostumbran a convivir.

Es una época la nuestra, en la cual la situación de marginación de los jóvenes les ha conducido a un tipo de comportamiento (y a esto es a lo que quiero llegar) que comienza a ser aceptado por la sociedad, de la misma manera que los comportamientos libres de las mujeres hoy ya no nos chocan. Antiguamente cualquier padre, y no digamos madre de familia, se hubiera llevado las manos a la cabeza al enterarse de que su hija mantenía relaciones sexuales, no bendecidas por el matrimonio, con un chico. Hoy es frecuente que encontremos amigos, personas enteramente de nuestra sociedad, que nos dicen: «yo todos los hijos no los tengo casados, no están casados, pero comi si lo estuviesen». Eso es algo que ya se ha hecho habitual.

¿Por qué el paso siguiente no va a ser el del delincuente? Pues sí, en las casas hay hoy esas pequeñas delincuencias. Naturalmente, el interesado tiende a excusarlo, a suavizarlo y a considerar a que, propiamente hablando, eso no es por parte de la hija una conducta deshonesto, ni por parte del chico una conducta delincuente, sino que es una desviación. Para eso se han inventado palabras que vienen a facilitar esta especie de transición entre el comportamiento convencionalmente bueno y otro que hasta hace poco tiempo era convencionalmente malo y que ahora ya no nos atrevemos a juzgar.

Es en este marco en el que hay que situar la actual difusión masificada del consumo de la droga. La droga ya no significa ni aquello modesto que significaba la droga blanda (apertura a los demás y convivialidad) ni aquello otro estético y religioso que significaba la droga dura, sino que la droga ahora está desmitificada. Los jóvenes consumen droga sin saber siquiera muy bien por qué, bueno, porque se encuentran bien, porque les produce una euforia, porque les llena el vacío y el sin sentido de su vida. El consumo de la droga se ha convertido para los jóvenes, no en un nuevo estilo de vida —eso lo fue en otros años, aunque en España no tanto porque las cosas llegaron tarde y de golpe—, sino más bien en un asunto privado.

La droga al desmitificarse, ha dejado de significar lo que significó en los años sesenta. No es ni una apertura hacia los demás, ni una relación más intensa que la de la privacy, mucho menos una especie de éxtasis de carácter religioso. Es algo que se hace habitualmente porque no se sabe qué otra cosa hacer, porque no se sabe cómo llenar ese vacío, ese sin sentido de una vida que no es para el trabajo, porque no lo hay. Es una vida de ociosidad no buscada. De modo que deberíamos considerar que, al igual que ocurre con todos los pecados o los vicios históricos, el pecado o vicio de cada uno viene condicionado y casi impuesto por el de la sociedad dentro de la cual se vive.

Por otra parte, si, en efecto, esto se convierte en algo habitual —y he puesto el ejemplo extremo de la delincuencia para que se comprenda bien lo que quiero decir—, parece que tiene que cambiar la actitud de la sociedad, y que ésta tiene que hacerse respecto de los drogadictos como más comprensiva. No para fomentar la drogadicción ciertamente, pero sí para no empujarles a una mayor marginación a la que el encontrarse sin puesto de trabajo les está empujando. Esto significa que quizá tienen que crearse, paralelamente al funcionamiento de aquellas comunas a las que antes me estaba refiriendo, a las comunas hippies de la contracultura, otro tipo de comunas o comunidades que respondan a los problemas y carencias de hoy. Aquellos eran unas comunas en las cuales de una manera sumamente positiva se aceptaba a personas que tenían un nuevo estilo de vida para que viviesen dentro de ese nuevo estilo de vida que, se pensaba (por parte de estas gentes jóvenes), era mejor que el recibido por los adultos. Eso ya es una ilusión que pasó, pero quizás esas comunas han de ser sustituidas por otras que tengan un carácter terapéutico, que implícitamente sean una condena de la estructura urbana convencional y que ofrezcan a los jóvenes una alternativa. Ya dije al principio que no tengo ninguna autoridad de carácter terapéutico para decir cómo hay que combatir la droga y su consumo.

Es cierto que en algunos países, y particularmente en Italia, se busca esta especie de nueva recepción de los jóvenes drogadictos en la sociedad. ¿Qué hacemos nosotros con los alcohólicos, con los que beben más de lo que deberían? No los rechazamos sin más, sino que procuramos de todos modos mantenerlos integrados dentro de nuestra sociedad. Buscamos una compatibilidad, en tanto que nos esforzamos o se esfuerzan por curarles, con los tratamientos adecuados para ellos, para no expulsarles de la sociedad, porque cuanto más los releguemos fuera de nuestro ámbito más fomentaremos la caída en su propio vicio.

Repito que yo no tengo autoridad ninguna. Los conferenciantes que hablen los días sucesivos podrán informar a ustedes con mucho más conocimiento que yo. Pero es cierto que en Italia (es el país que mejor conozco desde este punto de vista) se tiende a la búsqueda de esta compatibilidad social de la droga con el trabajo, con la vida habitual en nuestra comunidad. No pienso que esto sea la panacea, la solución del problema de la droga, que es gravísimo y que tiene una serie de connotaciones en las que yo no puedo ni tengo autoridad para entrar. Pero sí importa subrayar, sin perjuicio de luchar contra la droga, que nos tendremos que habituar a convivir con ella. No digo que esto sea bueno ni sea lo mejor, digo simplemente que esa es mi impresión. Porque de la misma manera que hemos dejado atrás esta distinción entre las mujeres decentes y las que no lo son y no nos preguntamos, cuando conocemos a una señora, si realmente es decente o no, nos irá ocurriendo eso con el joven drogadicto, y nos ocurrirá sin duda con otras costumbres, como la homosexualidad, etc. La sociedad actual, sin perjuicio de procurar las medi-

das terapéuticas que correspondan en cada caso, se hace cada vez más aceptante y busca más la compatibilidad, porque vivimos, nos guste o no, lo lamentemos o lo celebremos, en una sociedad pluralista en la cual hay distintas visiones de la realidad, distintas virtudes y distintos vicios, que tienen un carácter histórico, que se presentan en una época determinada y que luego desaparecen. El vicio histórico más significativo de nuestra época es probablemente la droga. Pero insisto en que no me atrevería, considerando su génesis, a considerarla simplemente como vicio. En un principio quiso ser la búsqueda de una trascendencia. En una época que se niega a la admisión de trascendencias, debemos procurar esa admisión. Y entre tanto procuremos también la admisión de los que, en un principio, quizás buscaron la trascendencia, y ahora buscan simplemente la supervivencia a través de una vida que hemos vaciado de sentido. Esto es lo que ocurre con gran parte de la juventud. Nosotros somos responsables de esta falta de sentido de la juventud. Y lo menos que podemos hacer es tener una cierta comprensión para esa juventud, y nos parezca bien o nos parezca mal, declararla compatible con nuestro propio estilo de vida.

Esto es lo que se ocurre sobre el tema y les agradezco mucho la atención que me han prestado.

COLOQUIO

Prof. A. BERISTAIN:

– Después de haber escuchado esta magistral conferencia del catedrático D. José Luis L. Aranguren por la cual nuestros aplausos le han manifestado nuestro agradecimiento, queda bierto el diálogo para abordar y completar aquellas cuestiones que ustedes consideren oportuno. Pueden, pues, plantear las preguntas que gusten...

Como nadie se anima a romper el fuego, diré unas palabras. Lo hago con satisfacción, pues resulta gratificante poder expresarte nuestra gratitud y enhorabuena por tu conferencia que yo llamaría «Zubiriana», por esa constatación de la evolución histórica, ese elogio histórico del ocio, del trabajo, de los vicios y de las virtudes.

Si me permites, voy a «apretarte» un poco y quizás puedas darnos una orientación terapéutica a partir de un hecho, en cierto sentido, casual.

Al entrar te han entregado cuatro fotografías de una obra de arte que está en una iglesia de San Sebastián, «El elogio a la luz», que es una cruz. Ante esas fotografías surge la pregunta: así como el elogio del ocio, del trabajo, de los vicios tienen una evolución histórica, ¿hay en cambio, ciertas realidades éticas trascendentes a la historia? Zubiri decía: el poder imponente de las cosas. Esas fotografías que tienes tu ahora, ese elogio a la luz y la cruz, ¿no está por encima de la historia? ¿y no puedes darnos una salida terapéutica o una puerta hacia la salida terapéutica en esos valores meta-históricos, como puede ser el arte y dentro del arte, el arte que elogia la luz y elogia la cruz?

Prof. J.L. ARANGUREN:

– Ojalá pudiera; y sobre todo ojalá pudiera, de la misma manera que traté de explicar lo que en los años sesenta fue con respecto a la droga un consumo verdaderamente minoritario, y en el sentido amplio de la palabra, como tú sugieres, estético y hasta, como dije, expresamente religioso, hacer otro tanto

con respecto del arte, tomando la palabra en sentido más preciso. Si el profesor Beristáin y yo pudiéramos, en efecto, convertir a los jóvenes drogadictos a la estética y a la religiosidad de la luz y de la cruz, ya lo creo, sería la culminación, en mi caso por lo menos, de nuestros modestos esfuerzos. Pero eso apenas depende de nosotros. Me parece que requeriría una total conversión histórica que los jóvenes drogadictos se volvieran adictos a la luz y al reverso de la luz, que, en cierto modo, es también la cruz. Estaría muy bien, pero me temo que no está en nuestras manos, por lo menos en las mías.

Pregunta...

Ya lo creo, sería una gran empresa. Es difícil que los países occidentales desarrollados comprendan esa tremenda conversión que tendrían que llevar a cabo dentro de sí mismos para destruir todas esas plantaciones que dan lugar a la droga y, en cambio, dedicar una parte de su presupuesto al desarrollo de esos países. Lo que pasa es que eso no está en nuestras manos. Porque nosotros, por lo menos con la ayuda de grandes artistas –y aquí tenemos a aquél a quien se refería el profesor Beristáin, autor de la obra de la iglesia de Santa María, podemos difundir el goce estético y la conversión de otras búsquedas, en cierto modo estéticas, a la del goce místico, pero esas otras medidas de política internacional están muy por encima de nuestras cabezas. En efecto, deberíamos hacerlo pero no sé si los gobiernos, ni mucho menos los gobiernos más poderosos y más lejanos de nosotros, como el gobierno de los EE.UU., por ejemplo, estarían dispuestos a colaborar.

Pregunta...

Hay mucho mimetismo, es una cuestión de moda, de contagio social. Se ha hablado muchas veces, a otro propósito, del contagio del suicidio. Hay sociedades en las que el suicidio se convierte en algo contagioso. Sin llegar a eso, ni con mucho, felizmente, en efecto, hay un consumo contagioso de la droga. La droga es una moda como otra y una moda que entre los jóvenes está enormemente vigente y es difícil escaparse a esa presión social juvenil en ciertos ámbitos, en ciertos círculos.

Pregunta...

Es cierto. Aunque no se llegue a eso, en la mayor parte de los casos la droga es una gran decepción. Aquello que se buscaba, sobre todo hace años, en la droga no se consigue a través de ella y, en cambio, sí se encamina uno a todo esto a lo que usted se refiere, es decir, a la auto-destrucción.

Pregunta...

Sí, son dos grandes cuestiones las que usted plantea. El hombre tiene una voluntad de búsqueda de la trascendencia y, esa trascendencia, la civilización moderna la frustra casi continuamente. En el origen, la droga era la búsqueda también de algo que nos sacase de este aburrimiento, de este sin sentido de la existencia. Aunque nos parezca, y a muchos nos parece que la época del existencialismo pasó ya, sin embargo, es cierto que los hombres de hoy continúan en esa misma frustración de la búsqueda de una trascendencia que no encuentran tanto como sería de desear en las formas convencionales de ofrecer esa trascendencia, las formas religiosas. Hay esta búsqueda generalmente de una trascendencia vana o, cuando menos, como usted dice, en la segunda alternativa, un escapar a la falta de sentido, al vacío de la vida.

Pregunta...

Tu pregunta está en la línea de esto que decía nuestro amigo. Una época de frustración en la búsqueda de las trascendencias intenta lograr esas trascendencias por donde quiera que sea. Hay artistas, no es el caso de tu marido, que han requerido de la droga para la creación artística. Es bien sabido, y sobre todo en el siglo pasado se podían citar nombres ilustres a los que, al parecer, ha ayudado la droga. Y es que de todos modos, probablemente –no sé si el profesor Beristáin estará de acuerdo, espero que sí–, no hay en la realidad de este mundo un mal sin mezcla de bien alguno. La droga parece que a algunas personas, yo no podía citar más que un caso y lo he citado, he contado una experiencia que, no fue muy satisfactoria, de consumo personal de droga en un pastel. Me parece y así lo analicé y lo tengo publicado, que fue más bien una presunción de una inteligencia superior pero, era más bien la falsa impresión de una inteligencia superior que se desarrollaría en ese estado que la posesión efectiva de una inteligencia superior. Quizás otros tienen otras experiencias diferentes y, desde luego, es un hecho que ciertos artistas han creado en ese estado de efecto de la droga. Los grandes escritores del siglo pasado, en general así nos lo muestran, es posible que lo lograsen unos estados de super-creatividad que no hubiesen logrado sin la droga. Pero pagaron un precio muy caro por ese logro.

Pregunta...

Más bien lo que les ocurre es el síndrome de abstinencia, no es tanto que salgan beneficiados sino que no pueden soportar el estar sin la droga.

– ¿Y cuándo salen? Si alguna vez ocurre.

Supongo que sí. Yo ya dije al principio que no tengo ninguna autoridad terapéutica, que no sé, pero supongo que si.

De todos modos, todas las experiencias que hemos pasado a lo largo de la vida, las buenas y las malas y las regulares, son enriquecedoras una vez que hemos salido de ellas, cuando son malas. En definitiva, nos han enriquecido y sin duda la droga, por lo menos cuando se sale de ella, es una experiencia por la que una vez que se haya salido vale la pena haber pasado. Ahora bien, entrar en ella sin saber si se va a salir o no, puede imponer otra vez un precio demasiado caro.

Pregunta...

Estoy completamente de acuerdo contigo. En el supuesto de que la drogadicción pueda considerarse sin más como una delincuencia, yo lo que haría sería ceder la palabra al profesor Beristáin, porque hablará en su día del problema de hasta qué punto la penalización de toda clase de delincuencia, por supuesto, de la drogadicción resuelve el problema.

Pregunta...

Fíjate que la drogadicción, es decir, el consumo de la droga, si no fuese por las consecuencias, desde una óptica de utilitarismo moral, en sí misma no plantearía un problema ético, porque se puede consumir droga como se puede consumir cualquier otro producto que sea comestible. El problema de la droga es grave por las consecuencias que produce en el organismo, consecuencias que a veces se piensa que son positivas, como esos éxtasis de que antes hablaba, pero que no hay duda de que están constatados sus lados negativos. Pero es desde un punto de vista del utilitarismo ético, si se permite

esta expresión, desde el que es menester juzgar la droga, porque desde otro punto de vista es como si te planteases el problema del consumo de la remolacha o del consumo del azúcar. El consumo de azúcar para el diabético será muy malo, pero para los demás no.

Esto plantearía el problema, como diría un moralista, de si hay actos indiferentes. Probablemente no. El goce es algo positivo, mientras no haya nada que lo convierta en negativo. Por tanto, el goce gastronómico, el goce de los alimentos, es positivo no es indiferente. Por tanto, la droga si no fuese por la destrucción que conlleva a la larga o a la corta del organismo, tampoco sería condenable.

Pregunta...

Antes he empleado esa expresión de *instant mistic*, a diferencia de la mística clásica, de la mística religiosa propiamente dicha, que buscaba esos estados místicos preparándolos lentamente a través de una ascesis. La ascesis no es ingestión de unos alimentos sino más bien lo contrario, privación de unos alimentos para lograr los presupuestos que, harían posible, aunque sólo por la gracia real, el estado místico. De algún modo, en la droga se intenta eso mismo, pero sin la preparación ascética: simplemente apretando un botón, es decir, ingiriendo una droga. Pero, lo que en principio se buscaba era eso y en cierto modo, aunque de una manera mucho más banalizada, trivializada, lo que el chico busca es un estado eufórico, es encontrarse bien, es una especie de bienestar que se supone le otorga la droga.

Pregunta...

El sistema del socialismo real es un sistema esencialmente represivo, reprime. Y, cuando se reprimen las cosas, los problemas que plantearía la no represión desaparecen, claro está. La característica del socialismo real es ser un sistema fundamentalmente represivo.

Por el contrario, el sistema capitalista –no estoy diciendo cuál es mejor o peor– es, cuando menos, permisivo. La permisión conlleva los problemas anejos a la misma, la represión los amputa. La mejor manera de que no sufra una persona en adelante, es cortarle la cabeza, ya no sufrirá más, de una vez ya sufrió. La represión tiene esas ventajas: suprime el problema, pero quizás el precio que se paga sea demasiado alto. Yo más bien estaba en la línea opuesta. En la medida en que yo pueda hablar de una terapéutica, que no era propiamente terapéutica, lo que yo pedía era comprensión, apertura, búsqueda de compatibilidad para los jóvenes que se han convertido en drogadictos. El sistema socialista lo que hace es lo contrario: eliminar esa o cualquier otra libertad.

El sistema capitalista tiene defectos gravísimos pero es un sistema más libre que el otro. Que la libertad sea relativa, que –es una libertad para unos sí y otros no, que es una libertad, formal como decía Marx, porque todo el mundo tiene libertad de dormir en un hotel de cinco estrellas o de dormir en un parque público, es cierto. Sí, todo el mundo tiene esa libertad pero, da la casualidad de que los únicos que duermen en el hotel son los muy ricos y los que duermen en un parque público son los muy pobres. De modo que la libertad capitalista es relativa pero, en fin, la libertad socialista es inexistente.

Pregunta...

Es posible que sí. Me alegro mucho que plantees esa cuestión porque, en

efecto, cabe un uso de la droga para lograr el control social. Por ejemplo, ahora mismo se acaba de plantear la cuestión del comunismo y la droga. En la época franquista se habló, e incluso yo mismo hablé del erotismo, de una especie de permisibilidad erótica como para distraer a las gentes. Era un control indirecto de la preocupación social y política y de la lucha contra el régimen franquista. También la droga puede servir, desde ese punto de vista, para despreocupar a las gentes de los problemas sociales y políticos. Qué duda cabe que la droga, con respecto a los países subdesarrollados, es un medio de control social que seguramente se usa. Aquella frase famosa de Marx: «la religión es el opio del pueblo», se podría retrotraer a su primera forma, «el opio es el opio del pueblo». La droga, en muchos casos, es el opio del pueblo, puede servir como opio del pueblo.

Pregunta...

Yo, como digo, no tengo conocimiento empírico del problema pero pienso que, con respecto a la droga, cabe que cuando menos se piense lo que se piensa con respecto a la educación sexual. No creo en una educación sexual muy temprana, cuando los chicos no tienen todavía en su horizonte vital la realidad del sexo. Quemar etapas y hacer que un chico o chica empiece a interesarse por el sexo en una época en que no le incumbe plantearse este estilo de vida, es en el mejor de los casos un no dejar a las gentes vivir al ritmo que su propia vida les pide. Desde este punto de vista, lo que habría que vigilar mucho y perseguir sería al traficante de la droga. El traficante es una plaga. Hay que distinguir radicalmente entre el drogadicto y el traficante. El traficante está mucho más en la línea de esos descontroladores sociales de los que hablaba nuestro amigo que en la de una persona que para bien o para mal, mucho más para mal que para bien, consume droga. El tráfico de la droga debería de ser terriblemente perseguido, sin duda de ningún género.

Pregunta...

En efecto, esos delincuentes de cuello blanco, como se les suele llamar con un anglicismo, son muchísimo más peligrosos, no ya que los drogadictos sino que los pobres carteristas y estas gentes que nos atracan de vez en cuando. Yo en mi vida no había tenido ningún atraco hasta el pasado verano en Madrid. Los atracadores que me robaron estoy convencido de que eran drogadictos y que estaban bajo el síndrome de abstinencia. El temblor que les poseía era tremendo. Tenían muchísimo más miedo que yo, que realmente no tenía ninguno, quizás porque no tengo mucha imaginación, y, por otra parte, porque ví que una vez que les dejase que me quitasen lo poco que me quitaron que, no fue más que una cadena con unas medallas, se irían, como así fue.

Pregunta...

Es una especie de círculo porque delinquen para procurarse la droga y bajo los efectos de la droga vuelven a delinquir.

Pregunta...

Ya le digo que yo no tengo autoridad ni conocimientos terapéuticos para decir cómo hay que tratar a estos chicos pero, desde luego, no creo que la violencia sea un tratamiento eficaz ni con ellos, ni en general.

Muchas gracias a todos.

